LA NOVELISTICA DE JOSE SOLER PUIG

POR

RICARDO REPILADO

UNEAC

José Soler Puig nació en Santiago de Cuba el 10 de noviembre de 1916 y cursó sus primeros estudios en su ciudad natal. Aunque desde muy joven sintió una fuerte vocación de escritor, no fue hasta 1960 cuando se dio a conocer como tal, pues las difíciles condiciones económicas por las que atravesaba Cuba durante la juventud de Soler le obligaron a ejercer muy diversos oficios, como cortador de caña, técnico en la fabricación de aceite vegetal, pintor de brocha gorda, corredor de bienes inmuebles y otros más. Pero éstos, sin embargo, no fueron años perdidos para él, pues la vasta experiencia de la vida social práctica que pudo acumular en sus distintas actividades le sería después de gran utilidad para su obra de narrador.

En 1960 Soler obtuvo el premio de novela del primer concurso Casa de las Américas con su obra *Bertillón 166*. Desde entonces no ha cesado de producir y ya tiene ocho novelas publicadas: *Bertillón 166* (1960), *En el año de enero* (1963), *El derrumbe* (1964), *El pan dormido* (1975), *El caserón* (1976), *Un mundo de cosas* (1982), *El nudo* (1983) y *Anima sola* (1986). Además, actualmente tiene en prensa una novela corta: *Una mujer*. Sus obras han sido traducidas a muchos idiomas y Soler ha viajado repetidas veces a los países socialistas. En 1986 recibió el Premio Nacional de Literatura, al mismo tiempo que el teórico, ensayista y crítico José Antonio Portuondo y el poeta Eliseo Diego. También recibió en 1983 el Premio de la Crítica por *Un mundo de cosas*.

Maestro de una técnica que ha ido desarrollándose hasta alcanzar una indudable opulencia, Soler ha cultivado temas de rico contenido social que siempre trata con un sentido cabal de los intereses y posiciones de cada clase. Quien lea las novelas publicadas por este escritor hasta la fecha,

encontrará en sus páginas un nítido reflejo de la lucha de nuestro pueblo por conquistar una vida mejor.

Soler es un brillante creador de personajes, a los que caracteriza utilizando todos los recursos de la técnica narrativa útiles para este fin. Sus novelas están pobladas por personajes extraordinarios que abarcan todas las clases sociales, desde un industrial patriota y millonario hasta un mendigo.

En la vida realmente intensa que cobran los mejores personajes de Soler cuenta por mucho la habilidad de su creador para analizar muy agudamente los estados anímicos y procesos mentales. En la última noche de su vida, Quico, el sastre de *Bertillón 166*, pasa por una gama de emociones de gran amplitud, que Soler plasma como un finísimo y penetrante estudio del miedo.

Muchos de los personajes de este autor son sólidas creaciones de cuerpo entero, como Pedro Chiquito, Arturo, Remedios y Felipe, de *El pan dormido*; Pedro Infante, Rosa Fuentes y Juan Mandinga, de *Un mundo de cosas*; Roberto Reyes de la Torre y María Elena, de *El derrumbe*. Pero Soler no es de esos novelistas que se agotan en los personajes principales y dejan a los restantes planos y descoloridos. Sus personajes de segunda fila y los episodios son preciosas viñetas que el autor crea vívidamente con pocas pero certeras pinceladas. En necesario añadir que algunos de los personajes mejor logrados de Soler son caracteres patológicos, entre los cuales sobresalen Berta y Pedro Chiquito, de *El pan dormido*, y María Elena, de *El derrumbe*.

De todos los recursos movilizados por Soler para dar vida a sus criaturas, uno de los más importantes es el diálogo, que maneja con insuperable maestría, logrando dotarlos, casi invariablemente, de un habla intensamente individual. Además, técnicamente los diálogos de Soler están impecablemente presentados, pues él rehúye la identificación excesiva de los hablantes, así como el abuso del vocativo, llegando con frecuencia al diálogo desprovisto por completo de acotaciones, pero realizado con tal dominio de la técnica, que el lector siempre sabe quién dice qué. Tiene este autor, además, un oído finísimo para captar las características del habla popular, y a veces le bastan tres o cuatro voces actualmente algo caídas en desuso para situar a un personaje en una época determinada.

Sin entrar ahora a discutir la muy llevada y traída cuestión de la forma y el contenido, es necesario decir que José Soler está convencido de que cada asunto reclama una forma de exposición idónea, y esto le ha llevado a una búsqueda de medios de expresión incesante. Ha experimentado asiduamente con el punto de vista, el narrador y la persona gramatical usada para narrar. Aunque no ha desdeñado del todo el viejo narrador omniscien-

te, ha intentado —lográndolo a plenitud— experimentos tan audaces y novedosos como el de *El pan dormido*, extensa novela —quizá su obra maestra— cuyo narrador puede ser identificado por el lector de manera inequívoca, pero cuyo nombre jamás conocemos y que nunca dice «yo» ni se expresa en primera persona. Mas ésta no es una novela narrada en tercera persona: es, paradójicamente, una novela narrada por una primera persona identificable, pero que jamás se expresa como tal. Este efecto de distanciamiento no es una proeza técnica gratuita: responde a las necesidades de la novela, cuyo contenido es en gran medida autobiográfico.

Una vez que encuentra el narrador adecuado y la forma en que éste se ha de comportar, Soler pone el más minucioso cuidado en coordinar todos los problemas técnicos de la novela con el narrador y su forma de expresarse. Ya en la tercera novela que publicó, *El derrumbe*, que es un largo monólogo interior narrado en tercera persona, Soler resolvió este peliagudo problema con absoluta maestría, haciendo de esa obra una novela que, recibida al principio con cortés indiferencia, es cada día más admirada y estudiada, pues en ella su autor pudo salvar todas las limitaciones que el monólogo interior impone al narrador.

Por supuesto, las soluciones que logra Soler a la problemática que le plantean sus novelas no son el resultado de la improvisación o eso que los ingenuos llaman «inspiración». El ha demostrado poseer la capacidad para investigar con paciencia y profundidad las posibilidades que se le van presentando. También sabe documentarse sólidamente cuando el asunto que desarrolla cae fuera de los límites de su experiencia personal. Para poder escribir *Un mundo de cosas*, nuestro autor invirtió más tiempo en esta labor previa de documentación e investigación que en la escritura material de la novela.

Y esa escritura es también objeto de sus mayores cuidados. Sin llegar a los extremos de un Flaubert, Soler no vacila en reescribir totalmente una novela varias veces antes de considerar que ha hecho el mejor esfuerzo de que es capaz.

Sin embargo, esta tenacidad en la reelaboración no tiene que ver mucho con el estilo de la *escritura*.

Más de una vez se ha dicho que *Bertillón 166* pudiera estar mejor escrita, y ésta es actualmente la opinión de su propio autor. Pero detrás de eso Alejo Carpentier detectó un narrador de fibra y una novela de firmes contornos. Recordemos que ni Balzac, ni Galdós, ni Dickens fueron lo que pudiéramos llamar maestros del lenguaje. Pero ignorar las excelencias de *La solterona*, *El amigo Manso* o *La pequeña Dorrit* por razones de pureza léxica y elegancia sintáctica sería arriesgado, pues sospechamos

que estas grandes novelas sobrevivirían triunfantes los peores ataques de semejante artillería.

La prosa de Soler es sencilla y directa. Sobre todo, cumple cabalmente su tarea de *comunicación*, que a la postre es lo que más importa. No se vaya a sus novelas en busca de los primores de estilistas como Alfonso Reyes y José Ortega y Gasset. Búsquese —y eso sí aparecerá en rica abundancia— la recreación artística, vivaz y fiel, de diversos momentos de nuestra vida nacional.

A pesar de todo, la prosa de Soler está muy lejos de ser seca ni estar desnuda de ciertas donosuras del lenguaje. En casi todas sus novelas encontramos numerosas imágenes que él usa con infalible puntería para producir determinados efectos. Estas imágenes y metáforas pueden aparecer relativamente aisladas o agruparse en pasajes que son un brillante despliegue de riqueza imaginativa. Pero ilustrar estas afirmaciones nos obligaría a una abundancia de citas imposibles dentro de los límites de un artículo breve.

A medida que ha ido desarrollando su obra narrativa, Soler ha mostrado un interés cada vez más intenso por los problemas del tiempo en la novela. En la primera de sus obras, *Bertillón 166*, la acción —firmemente centrada en la lucha clandestina que se libraba en Santiago de Cuba contra la tiranía de Batista— comienzan a desarrollarla varios grupos de personajes que a primera vista no están obviamente relacionados entre sí. Pero las andanzas de uno de esos personajes van descubriendo las relaciones de esos grupos y consolidando los episodios dispersos en una sola acción central, que avanza inexorablemente hasta el trágico final, donde encontramos a muchos de los personajes asesinados en la misma noche y por la misma causa. Salvo escasas retrospecciones, necesarias para comprender la conducta de algunos caracteres, en *Bertillón 166* la acción tiene un desarrollo lineal y consecutivo que dura exactamente veinticuatro horas y termina a la misma hora, en el mismo lugar y con el mismo personaje de la escena inicial.

Muy distinto fue el problema que se planteó Soler en *Un mundo de cosas*, novela en la que el tiempo fabular cubre todo un siglo, mientras el tiempo de la narración se concreta a unas pocas semanas o días. Representar un siglo de tiempo fabular se haría inevitablemente complejo, aunque todo este tiempo fuera expuesto en sentido estrictamente cronológico. Pero éste no es el caso de *Un mundo de cosas*, donde la acción se desarrolla a través de larguísimos años, sin lagunas dignas de ser tomadas en cuenta, pero en un orden que dista de ser lineal. Para resolver estos problemas, Soler montó una verdadera «máquina del tiempo», que a nuestro modo de ver es uno de los esfuerzos más interesantes hechos hasta ahora por un narrador cubano en este terreno. Añádase a esto que la obra está narrada desde la

segunda persona, y que entre sus momentos más fascinantes y mejor logrados está el de un personaje que es presentado al lector simultáneamente en tres diferentes edades de su vida. Un empleo insólitamente hábil de los tiempos verbales es uno de los recursos más eficaces que Soler pone en juego para lograr su representación del tiempo en esta novela.

Durante años Soler circunscribió el escenario de sus obras a su ciudad natal, pero ya en *Un mundo de cosas* y después de larga y minuciosa investigación se arriesgó a ubicar varios pasajes de la novela en otros países de Hispanoamérica, como México, Chile y algún otro. En novelas posteriores —*El nudo*, «otra mujer»—, los escenarios son cubanos, pero no ya exclusivamente la ciudad de Santiago. En otras ocasiones —*El derrumbe* es un excelente ejemplo—, los escenarios, de conformidad con las limitaciones inherentes al monólogo interior, se ignoran casi por completo o se limitan a meras sugerencias muy escuetas y funcionales.

La riqueza de la técnica descriptiva de Soler, evidente tanto cuando construye sus escenarios como cuando caracteriza externamente a sus personajes, también lo hace un eficaz creador de atmósferas y ambientes. Quienes vivimos en Santiago de Cuba aquellos trágicos años de la lucha clandestina contra la tiranía batistiana, recordamos siempre con amargura la atmósfera de terror que en nuestra ciudad se respiraba entonces. En *Bertillón 166* Soler recrea esa atmósfera con una eficacia que, hasta ahora, no ha sido superada. En cuanto al ambiente que diversos factores crean en determinado lugar, pensamos que *El caserón* es uno de sus mejores logros.

Esta corta pero importante y sugestiva novela ha sido objeto de mucha atención, no sólo de la crítica literaria, sino también de psiquiatras y psicólogos, pues la narradora es una sola, aunque aparece escindida en dos personalidades distintas: Yolanda y la enigmática criatura a quien sólo conocemos como «Yo».

No es esta doble aunque única narradora la mayor de las audacias de Soler con las técnicas narrativas. Su última novela publicada —que retoma algunos personajes de *El pan dormido*— está narrada por alguien que ha muerto algún tiempo antes del tiempo de la narración. Por supuesto, el narrador muerto no es ninguna novedad, pues hace ya muchos años que la gran novelista chilena María Luisa Bombal hizo algo por el estilo en su maravillosa novela corta *La amortajada*. Más recientemente, recuérdese que el Dr. Francia, recreado por Roa Bastos, evidentemente a trechos, narra más allá de su muerte. Hay también contactos con el aparentemente intemporal —o inmortal— narrador de *Bomarzo*, de Manuel Mujica Láinez. Pero lo que Soler hace con el narrador de *Anima sola* difiere en varios aspectos de lo logrado por los novelistas acabados de mencionar.

Al igual que sucede con la mayoría de los narradores, no todas las obras de Soler alcanzan el mismo nivel. *Bertillón 166*, a pesar de los reparos que puedan hacersele, es ya un clásico de la narrativa cubana de todos los tiempos y ya ha sido editado y traducido innumerables veces. *En el año de enero* es una novela bastante dispersa, donde el autor agrupó varios asuntos distintos, cada uno de los cuales pudo haber sido elaborado como una novela independiente. Sin embargo, su bien logrado ambiente de imprecisión ideológica y su profundo análisis de la reacción que las diferentes clases sociales iban experimentando al enfrentarse al proceso revolucionario e integrarse a él, son altos valores documentales que no pueden pasarse por alto.

El derrumbe, por el contrario, es obra compacta que consideramos lograda en todos sus aspectos. Y *El pan dormido* es una obra maestra indiscutible. Un crítico tan agudo y responsable como el uruguayo Mario Benedetti ha dicho que ésta es

una obra excepcional que, en la narrativa cubana posterior al triunfo de la Revolución, está en el nivel del mejor Carpentier. Lo que ya es decir algo. De todas maneras, Soler pasa a ser, con *El pan dormido*, el mejor novelista surgido en la Cuba revolucionaria [...] ¹.

El caserón está lleno de luces y sombras. La caracterización de los personajes es magnífica. El ambiente y la época están perfectamente realizados. La atmósfera del caserón, con su heterogéneo conjunto de habitaciones, es un logro innegable. Pero el libro es de lectura difícil y deja la impresión de que hubiera ganado mucho con un tratamiento más extenso.

Un mundo de cosas es la novela más ambiciosa escrita por Soler. Por su riquísimo elenco de personajes, la enorme amplitud del panorama social que presenta, su admirable tratamiento del tiempo y su intrigante narrador, si bien no alcanza la casi absoluta perfección de *El pan dormido*, debe considerarse una de las novelas más importantes publicadas en Cuba después de 1959.

El nudo es una obra que ha sido muy discutida, sobre todo por las características de su protagonista, un médico capaz de ejercer sobre sus pacientes una influencia tal que lo hacen parecer dotado de extraños poderes. Sin embargo, debe decirse que ésta es la reelaboración y drástica reducción de una extensísima novela escrita después de *El derrumbe*, y como en ella se entrelazan dos etapas distintas de la evolución de su autor, no alcanza la necesaria unidad y no se puede considerar una obra totalmente lograda.

¹ «La hazaña de un provinciano», en *Santiago*, núm. 28, diciembre de 1977, pp. 55-62.

Por su interesante método de narración y por reflejar un período más de la lucha de nuestro pueblo hacia su total y definitiva liberación, *Anima sola* es una novela que amerita una cuidadosa lectura. Aunque, como ya dijimos, retoma algunos personajes procedentes de *El pan dormido*, *Anima sola* en realidad poco tiene que ver con la obra maestra de Soler. Y aunque no representa, es cierto, el más alto nivel que su autor es capaz de alcanzar, tiene valores muy positivos.

¿Qué ha aportado este autor a la narrativa cubana? Pues, como hemos visto, un clásico, una obra maestra indiscutible, dos más que casi lo son y otras novelas todas dignas de atención.

Pero nos parece aún más importante el ejemplo de Soler a las generaciones más jóvenes —a las que anima y estimula sin descanso— de un infatigable afán de superación, el esfuerzo por no repetirse, por encontrar soluciones nuevas a los problemas técnicos de siempre y a los demás que van apareciendo.

Sobre todo, queda en pie el hecho de que, quizá por su tenaz alejamiento de la capital —cosmopolita como son todas las capitales—, su obra es inconfundiblemente cubana.